

EL CAMINO DE VUELTA

A medida que nos vamos acercando a la playa, los nervios van saliendo un poquito. Un gemido bajito. Unas orejitas que se ponen en pie.

Nos bajamos. Si te portas bien, te dejo suelto. Por supuesto que se porta bien. Chusmita jamás se iría tan lejos de mí. O eso quiero creer. Corre a toda prisa. Hacia la orilla. Huele aquí. Y allí.

No hay nadie. Solo estamos nosotros. El agua. Y el sol. Paseo descalza. Mis pies se van quedando marcados en la arena medio mojada. Chusmita va por un lado y otro. Está contento. No sabe decirlo. Pero la playa le gusta mucho. Es todo un universo lleno de olores. Para él. Solo para él. Si se adelanta, de vez en cuando vuelve la cabeza. Y me busca. No quiere perderse de mí. O eso quiero creer.

Se acerca a la orilla todo lo posible. Pero nunca, nunca, se mete en el agua. Ni siquiera le gusta mojarse las patitas. Un día, el primero que probó ese agua, le dije Chusmita ven conmigo. Se metió a toda prisa. ¿Por mí? Quiero creer que sí. Pero el agua no resultó ser lo que esperaba. Se dio la vuelta. Desde la arena mojada me miraba. Yo no estaba lejos. El agua solo me cubría los tobillos. Pero Chusmita no se atrevió a acercarse más. Me miraba y me miraba. Y movía las piernas como diciendo es que yo en verdad quiero ir. Pero no puedo.

Cuando se aleja mucho, me gusta llamarlo. Lo observo como levanta la cabeza. Alerta. Mira a su alrededor. Dónde estará esta. Me imagino que piensa. Y cuando me ve, sale corriendo a toda prisa. Hacia mí. Yo me agacho. Lo espero con los brazos abiertos. Y le digo: que me pilla el tío, que me pilla el tío. Y corre más aún. Llega a mí. Me salpica con la arena. Me da mil besitos. Como si hiciera una vida que no me viera. A veces la vida es eso. Un paseo. Una carrera. Una puesta de sol, ¿no es cierto?

Me pongo de pie. Él sigue a mi vera. Me mira. De vez en cuando voltea su cabeza hacia arriba y me mira. Con los ojos casi cerrados. El sol es un puñetero. Para que vamos a engañarnos. Yo veo dos líneas negras que me observan. Con unas pestañas inmensas. Veo una sombra. Cuya silueta es enorme. Junto a la mía. Como si fueran solo una.

Le pregunto si está contento. ¿Te gusta Chusmi la playa? Y da unos cuantos ladridos. Yo los intento traducir como un claro que me encanta. No es por el sonido del ladrido. Es por cómo ladra. Es un ladrido diferente a cuando ladra para pedir comida. O cuando ladra para despertarme en medio de la madrugada. O cuando ladra porque quiere filetitos. Además sus orejitas están de pie. Sus ojos están entre cerrados. Sus pestañas siguen siendo inmensas. Su rabito se mueve de un lado a otro. Sí. Sin lugar a dudas he hecho la traducción correcta. Cualquier lo sabría.

El sol se está casi poniendo. Nos paramos. Miramos al horizonte. Un horizonte lleno de árboles que componen toda una vida. Doñana. El sol ya no es un círculo. Lo cojo en brazos. Miramos como el sol se esconde del todo. Como en cuestión de segundos la bola amarilla se ha ido. Como si hubiera sido un sueño.

Lo miro y le digo si le gusta. Chusmita no dice nada. Pero me parece oír un sí. No ha ladrado. Pero me lo dice con sus ojos. Unos ojos que ya lo va cubriendo un velito de niebla. Porque Chusmita tiene más de 10 años. Me lo ha dicho su nariz. Llena de miles de surquitos. Como si fuera un laberinto. El de Creta. Y yo soy Teseo que intento salir de ahí. Aunque en el fondo no quiero.

Me lo dice el besito que me ha dado.

Sí, me ha dicho que le gusta. Me ha dicho que me quiere.

Cualquier cosa que Chusmita haga... Simplemente me atraviesa.

Lo dejo en el suelo. Es hora de volver. A la vuelta, me gusta observar mis huellas en dirección contraria. Todavía están marcadas. Como si fuera algo eterno. Siguen ahí. Cada paso que he dado. Mis pies hundidos en la arena. Y junto a ellos, otros pasitos. Unas huellitas minúsculas. Que han ido todo el tiempo a mi lado. Veo un juego de pasos. Dos pies humanos con cuatro huellitas caninas. No es un humano y un perro. En realidad es solo uno. Una sola cosa. Todo en ella. Sí, miro esas huellitas a mi lado. Las miro sin parar.

Y una espera que esas huellitas... sigan ahí para siempre.